

Waldo Rojas

Cielorraso

Waldo Rojas, 27, autor de Agua removida y Príncipe de naipes, es uno de los jóvenes poetas chilenos más considerados por la crítica. Sus rasgos salientes, la contraposición de lo que él denomina un "lenguaje alertado" y un "lenguaje adormilado", y una permanente interrogación sobre el grado de posibilidad de las relaciones del hombre con los demás y consigo mismo, a través de presencias, alucinaciones, videncias e indagaciones que se adensan mediante un juego trascendental de comunicaciones e incomunicaciones.

Los poemas que ERCILLA anticipa pertenecen a un libro inédito que se intitula CIELORRASO.

Una noche del príncipe

La fuerza del cerrojo en los entrepaños de la puerta
y el incierto ascender de madera caminada en la es-
[calera.

De por medio, un mundo de fuerzas reversibles.

La atención del ojo bloquea la seca oscuridad.

En un sentido aún más sinuoso,

prolonga el oído resonante presagio.

A un momento de neutralidad de dudosa energía,
equilibrio de fuerzas se establece en el centro.

Esto es,

la estabilidad vacilante del poder del tiempo mante-
[nido a raya,

un entreguas pulsante,

entre el dato exterior de los sentidos y su escritura
en la tabla rasa,
y el poder de agostada fuerza con que el sueño y sus
[figuraciones

defiende la diezmada fortaleza
reducida ahora al atalaya y las almenas,
al nerviosamente transitado patio de la cisterna,
estremecida la dotación de sus guardianes
a cada golpe pasmoso, ritmado, relojero,
del poderosamente impulsado Ariete. ■

Orquestado angelus

Sobre la altura de la terraza

el día se hizo inconsistente a causa del Otoño.

Se vio sin palparlas que las rojas baldosas del suelo
[abrillantado

gradualmente perdieron la tibieza.

Ahora retiran el vino, recogen la migaja y la ceniza,

el mazo de naipes ingleses, las macetas.

Aunque en otro orden igualmente previsible

sucede que desmontan —al concierto del ocaso—

la Hora del Té de un Día Insubstantial.

Y mientras se establece la intemperie en el despoblado
[que organizan,

serpenteante cancioncilla envuelve todo,

serpenteante cancioncilla envuelve todo.

Pero no. Por cierto que no se vive de imágenes.

Aunque en la silla de playa de húmedo velamen

alguien flota, dormita

o estoy muerto, caballero en el atardecer. ■